

Unidad de Psicología ‘Padre Luis Azagra, S.J’. Principios que la sustentan derivados de su historia

Juan Carlos Romero

Licenciado en Psicología (Universidad Católica Andrés Bello). Especialista en Psicología clínica (Universidad Central de Venezuela). Director del Postgrado en Psicología clínica comunitaria de la UCAB. Director de la Unidad de Psicología “Padre Luis Azagra, s. j.” del Parque Social “Manuel Aguirre, s. j.”. Profesor de la cátedra Psicopatología/Clinica II en la UCAB.

...Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico museo de formas inconstantes,
ese montón de espejos rotos.
J. L. Borges, *Cambridge*, *Elogio de la Sombra* (1969).

INICIOS

A partir del año 1991 pertenecí al cuerpo docente de lo que se denominaba en ese momento la opción sin mención dentro de la escuela de psicología de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Me sentía como si formara parte de algo que emulaba las dobles negaciones del MMPI. La presencia de esas dobles negaciones (ej. no me molesta no ser mejor parecido) siempre me pareció muy curiosa. Es casi como si usted dijera al evaluado: “Deshaga la tortuosa redacción y luego tendrá el privilegio de acceder al contenido maravilloso de lo que aspiro preguntarle y, en ese lugar, descubriremos el santoral de su patología, no en los otros quinientos reactivos.”

Dentro de la UCV cualquiera reconocía lo que aquel trabalenguas cacofónico de opción sin mención significaba, así como el peso histórico y transgresor que llevaba consigo. Formábamos estudiantes en clínica dinámica y todo el mundo lo sabía, pero no era posible en aquella época que una mención lo recogiera de forma diáfana a través de su denominación.

Un psicólogo de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) que ingresa a la escuela de psicología de la UCV para dictar clases siempre será visto como un outsider, casi como un forastero impertinente.

En ese período recibo la llamada telefónica de la profesora Silvana Campagnaro, directora de la escuela de psicología de la UCAB, quien dice a bocajarro: “Dos profesores de prácticas de psicología clínica se jubilaron (una de ellas la extraordinaria Niksa Fernández). Hemos estado preguntando opciones y varios coincidieron en nombrarte, de manera que vale la pena indagar si deseas sustituir a uno de estos docentes.”

Cuando aterrizan tales palabras, después del no me jodas correspondiente, y de la brisa grata, primaveral, de la satisfacción narcisista que en ese momento de la vida sueles requerir más, viene el natural temor del: ¿Hacia dónde irá esto? ¿En qué puedo estar metiéndome?

Días más tarde me hallaba en la oficina de la directora. Encontré a una mujer joven, de expresión segura y directa, quien tenía una actitud gerencial desconocida durante mis años de ucabista. La verdad me sorprendió.

Lo segundo que me sorprendió, y mucho más, fue una pregunta crucial que lanzó: “Tienes dos opciones. Te ubicamos en un hospital psiquiátrico o en un pequeño servicio que queremos localizar en la comunidad de

Antímano, donde deseamos ofrecer atención psicológica...tómame unos pocos días para pensarlo”. De inmediato respondí que prefería la segunda posibilidad, sin necesidad de meditar. La profesora Campagnaro pasó entonces a negociar condiciones, algo que entendía propio de las empresas, pero inusual en la universidad. Tercera sorpresa.

En los próximos días varios amigos psicólogos me hicieron saber sus dudas enfáticas. La más recurrente fue: “¿Crees que la gente de zonas populares va a tener algún interés de ir a buscar ayuda psicológica?” O, en otra versión: “¿No aprendiste nada de la pirámide de Maslow?” Ninguna debilitó la felicidad con la cual salí de esa oficina.

Regresar a la UCAB para dar clases cuando tenía algunos años haciéndolo en la Universidad Central, y tener como sede un pequeño centro comunitario, me convirtió de nuevo en un outsider. Es una condición que aprendí a llevar con orgullo.

UNACLIP

La “unidad de atención clínico psicológica” (UNACLIP), como decidimos llamarla, se ubicó en los salones parroquiales del colegio refugio de la infancia de Antímano. Colindaba con un callejón sin salida en el ala oeste de la edificación donde se encontraba la puerta de los salones. En esa callecita ciega se disponía cada cierto tiempo un mercado de comida. A veces debíamos sortear los puestos de papas y frutas para entrar a UNACLIP. En más de una ocasión negocié para que los camiones desbloquearan las escaleras de acceso; con frecuencia pugué para que no las utilizaran como baño improvisado.

Mi memoria no abriga miedo o aprehensión en torno a esos primeros años. Quizá deba reconocer que pasaron a formar parte de la constelación de aspectos disociados que habitan mi interioridad. Lo que sí tengo claro es el deseo ingente de que acudieran los usuarios. Por necesidad, compromiso y gusto, el trabajo de los pasantes que ese año 93-94 hicieron prácticas clínicas por primera vez en la pequeña unidad comunitaria de atención psicológica, involucraba hacer difusión para dar a conocer nuestra existencia. Fueron años entrañables en los cuales cada experiencia era novedosa.

Según me recordaron hace poco, los espacios de UNACLIP eran oscuros, algo insalubres, mohosos, calurosos y repletos de objetos desechados, es decir, en parte eran depósitos. No los viví así. No fue lo que registré.

En verdad eso era irrelevante. Lo que se fraguaba en cada encuentro humano, con nuestros usuarios y estudiantes, adquiriría total preeminencia. Me asiste la convicción de que esto se transformó en impronta para que una generación de alumnos pasantes de UNACLIP poco enfatizara en la comodidad e integridad de los espacios. De tal actitud se nutrieron los primeros profesionales de lo que vendría a ser después la Unidad de Psicología Padre Luis Azagra (a la que me referiré por sus siglas UPLA). Para nosotros las instalaciones de la UPLA eran un lujo pero, fundamentalmente, representaron una oportunidad con el fin de potenciar las ideas y objetivos subyacentes que ya veníamos manejando.

Al aproximarse el final del primer año académico en UNACLIP, nos golpeó en el rostro una urgencia imprevista. Si esta Unidad venía ganándose un espacio en la comunidad, si contábamos con lo principal, es decir, con usuarios que acudían a nosotros y consideraban útil la labor, ¿era posible detenernos durante los largos meses de vacaciones académicas? Simplemente representaría la muerte prematura de la iniciativa. Mi primera opción fue proponer, con timidez y sin grandes expectativas, un voluntariado que ayudara a sostener la presencia conquistada. En esa época el

salón de quinto año de la carrera contaba con unos cuarenta estudiantes; para nuestra satisfacción y sorpresa, treinta de quienes componían el primer grupo se ofrecieron como voluntarios.

A partir de aquel instante dos marcas muy relevantes de la Unidad quedaron establecidas. Siempre sería prioritaria la integración de los estudiantes en este servicio. Luego, un derivado de la anterior; los voluntarios debían sumarse de manera cabal a la estructura de la Unidad.

EN EL PARQUE SOCIAL: PRESENCIA DEL PADRE LUIS AZAGRA, S.J.

En una oportunidad la escuela preparó una jornada sobre el futuro de la psicología a la que fui invitado. Al finalizar me hallé con algunos de los docentes más notables de la escuela. Recuerdo a Andrés Miñarro (profesor excelente y a la vez temible de psicología de la personalidad, quizá decano de humanidades para ese instante); el padre Velilla (sabio, muy observador e irónico); Oswaldo Villalobos (quien de sobra sabía transmitir la relevancia de la filosofía para los psicólogos); y, finalmente, el padre Luis Azagra.

Me llamaron a su encuentro e hicieron comentarios sobre lo que recién había expuesto. Seguramente quería desaparecer entre las ranuras del piso. Minutos después el Padre Azagra me apartó hacia un lado y dijo: “quiero que sepas que lo que tienes años haciendo en Antímano es una de las bases e inspiración para el Parque Social que se erige”. Me tocó el brazo y se fue. La verdad no alcanzaba a comprender cómo algo hecho sin perseguir resonancia podía tener un impacto de esa naturaleza. Con el tiempo entendí mucho mejor el sentido de su expresión. No procuraba delinear una realidad; era más bien el comentario de un docente que con conciencia de la fuerza de sus palabras sustenta el camino de un ex alumno en procura de hacerlo perseverante y firme.

Un gesto del mismo estilo se evidencia cuando al poco tiempo me invitó a una oficina dentro de la UCAB y, tal como sé que hizo con la profesora Campagnaro, preguntó frente a un plano del futuro Parque Social dónde creía que podría ubicarse un servicio de psicología. Ni corto ni perezoso, señalé la que parecía una localización natural.

Se trataba de un área que con certeza estaba pensada desde el principio por él. Al transmitir la pregunta no hacía otra cosa sino validar mi presencia, comunicar un mensaje de involucramiento, hacer sentir que la opinión es relevante. Una vez más aparece en escena el docente generoso y perspicaz. Al poco tiempo, en octubre de 1999, solicita que nuestra vieja Unidad se convierta en la base para crear un servicio de psicología dentro del recién inaugurado Parque Social Padre Manuel Aguirre e inicia una fase de la historia que se prolonga hasta hoy.

Mención especial y homenaje justo para los primeros profesionales de la Unidad quienes ingresaron en enero del año 2000: María Alejandra Barreto, María Alejandra Corredor, Esther Chacón, Manuel Llorens, Iván Pazo y Déborah Urribarrí.

Estas dos anécdotas darán paso a unas pocas más y espero que, en conjunto, brinden una semblanza cercana y justa del P. Azagra, pues se trata de una figura vital para la gestación de la UPLA, para el modelo que le subyace y para su estabilidad con los años. La idea es sencilla: de sus gestos, indicaciones y pocas palabras se deducen líneas maestras de lo que llegó a ser la UPLA.

Nótese que el Parque Social fue su obra principal durante los últimos años de vida, pero en la UCAB tuvo muchas más. Se dedicó a organizar y dirigir el Parque cuando su salud menguaba y los años restantes se hacían exigüos. El P. Azagra se quejaba poco, pero era evidente como se apagaba su organismo. Uno de los aspectos más

llamativos fue la limitación en el habla. Al principio de su época en el Parque Social se frustraba por no expresarse a plenitud, pero de manera paulatina se adaptó con elegancia a la restricción.

Atisbábamos un pensamiento rico y torrencial que parecía hacer pasar por una puerta estrecha; de allí casi siempre devenía una especie de ensamblaje aforístico limpio y moderado. Vasto contraste con el lenguaje del poder imperante hoy día, repleto de palabras trilladas, eslóganes y coprolalia, que dice mucho y expresa tan poco.

Veamos, pues, unos poquísimos ejemplos de las palabras y acciones de Azagra reveladoras de sus posiciones. Espero que también encuentren reflejado algo del espíritu de la UPLA. Me abstendré en lo posible de hacer interpretaciones de estos episodios; prefiero que hablen por sí mismos.

En diciembre de 1999 se produjo el deslave de Vargas, esa gigantesca y muy dolorosa catástrofe natural que acabaría con la vida de miles de personas y con los hogares de muchísimos más. A las pocas horas me acerqué a su oficina angustiado por la devastación y convencido de que la Unidad en bloque tenía que involucrarse en la ayuda psicológica a las víctimas. De inmediato comentó, en un tono y estilo que se repetiría muchas veces en los próximos años: “Uds. reciben a personas con tragedias equivalentes a ésta pero cotidianas; quédate tranquilo”.

Luego de una larga discusión sobre múltiples puntos, expresó en una reunión con los coordinadores del Parque: “No olviden acercarse a los inmigrantes; en Venezuela son poco atendidos. Hay muchos en los barrios y casi nadie se aproxima desde el punto de vista de su condición de migrantes”. Premonitorio hincapié en un tema que se percibe muy distinto en el mundo contemporáneo.

El P. Azagra hacía gala de la manera muy ucabista de utilizar encuentros “casuales” en pasillos y otras áreas externas para señalar, recomendar y hacer observaciones. Aprovechó estas oficinas naturales con el fin de crear entornos distendidos donde los mensajes llegaran rápidamente y, tal vez, con mejor disposición.

En una oportunidad cuando recién coordinaba la especialización en psicología clínica comunitaria, caminaba apurado por el estacionamiento de postgrado y a lo lejos me hizo señas para que hiciera una pausa y me acercara. Dijo entonces: “hay una profesora a quien le encantaría dirigir el postgrado de psicología clínica comunitaria; está en campaña”. Se volteó y siguió su camino. Nunca regresó al punto.

Insistió en que no dependiéramos de manera directa de la escuela de psicología. Fomentaba, claro está, las buenas relaciones y el trabajo conjunto, pero deploraba la posibilidad de injerencias y el despojo de autonomía, sujetos al vaivén de la voluntad de quienes ocuparan puestos de dirección en los próximos años.

Sostuvo un respeto incólume orientado a que labráramos nuestro propio camino dentro de la Unidad. Sugería y asesoraba, pero muy poco emitía órdenes. Dejaba hacer con ejemplar consideración.

Dominaba los meandros de la burocracia universitaria y este manejo le permitió criticarla con firmeza, pero también valerse de ella para apoyar proyectos o fines esenciales. Un ejemplo paradigmático se muestra en la legión de personas (profesores, empleados, alumnos) a quienes ayudó para afrontar difíciles condiciones económicas. No creo que muchos supieran de dónde obtenía el dinero, pero, desde luego, no provenía de alguna fortuna personal oculta. Además, procuraba brindar asistencia sin que los destinatarios se enteraran de quién era el benefactor.

JUAN CARLOS ROMERO

Fue visto en ocasiones haciendo las colas para ser atendido en el Centro de Salud Santa Inés. A través de ese acto simple comunicó que nadie detentaba odiosos privilegios frente a los demás usuarios.

Perseveró para lograr que las distintas instancias del Parque se reunieran de manera periódica. Sus convocatorias nos recordaban que las fronteras entre las disciplinas se ponen en tensión cuando afrontan de lleno la realidad y que cualquier meta valorable requiere del conjunto e integración de diferentes aproximaciones. Destacó dos formas de referirse al Parque Social. La primera lo concebía como un puente de la universidad con las comunidades. Intentó en todo momento que encarnáramos esta metáfora del Parque como bisagra para enlazar la UCAB con la población aledaña.

La segunda forma era una síntesis lúdica de su registro sobre las relaciones entre la universidad y el Parque. Con el piquete que consideraba necesario incorporar cuando quería decir la verdad sin despertar susceptibilidades, lo escuchamos sentenciar en medio de la insinuación de una sonrisa que “el Parque Social era el estado libre asociado de la UCAB”. Pienso que nunca fue ajeno a polémicas que hasta el día de hoy persisten y que han tenido expresiones diversas. Entre ellas destacaría la que se generó en el momento memorable cuando un ex vicerrector de la Universidad señaló que un hecho delictivo, manifestación de la inseguridad galopante que ya nos azotaba, “había ocurrido en el Parque, pero por fortuna no en la UCAB...”

Un episodio final que siempre me conmueve. A su muerte fue necesario revisar la oficina. Encontraron una gran carpeta y al indagar descubrieron numerosísimas páginas que contenían viejas fotos carnet de los estudiantes que integraron las cohortes de la escuela de psicología que van desde 1970 hasta el año 1996. Descubrimos que cuando ya los consideraba caducos, sustraía de los expedientes esas fotos y las ordenaba en su carpeta por nombres y años. Deseaba recordar a cada uno de esos futuros psicólogos y no cometer el desliz de encontrarse con algunos y no reconocerlos. Los expedientes resultaban caducos pero el vínculo jamás lo sería.

Ese gesto íntimo develó la primacía de concebir al otro en términos humanos y trasluce la importancia que atribuyó a los colegas del futuro. Destacó la significación del contacto a través de esa carpeta que era parte de su mundo privado. Una vez más cabe resaltar el inmenso contraste de su actitud con “el mundo de hoy en el que nuestros espejos son con harta frecuencia las pantallas de los celulares inteligentes, en lugar del rostro de nuestros semejantes” (Moreno, 2017, p.7). La psicología continúa siendo en la actualidad, y quizá más que nunca, una reivindicación de los lazos directos a través de una aproximación cercana pero respetuosa.

El Padre Azagra no confundía las relaciones, no transgredía los límites; pero me atrevo a pensar que en alguna medida satisfizo una vocación paternal en el trato con sus alumnos de tantos años. Cuando una vez emocionado le comuniqué que acababa de nacer mi primer hijo, me dio una palmada, me regaló una sonrisa, dio un par de pasos y se dirigió de nuevo a mí, para expresar: “Como sacerdote lo importante no es que se renuncia a la mujer sino a los hijos”; de inmediato siguió su camino.

Tal vez si me hubiera encontrado recientemente al P. Azagra en un pasillo de la universidad o de una de sus partes fundamentales, es decir del Parque Social, le hubiera contado algo que acabo de leer: “Los cuatro sentidos fundamentales de la convivencia humana son el sentido del humor, el sentido común, el sentido crítico y el sentido del ridículo” (Wagensberg, 2017, p. 15). A esta altura de mi vida quizá me hubiera volteado, hubiera seguido mi camino y un par de pasos más adelante me dirigiría a él de nuevo, esta vez para darle las gracias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Moreno, L. (2017, Noviembre 18). Filosofía contra un tiempo de urgencias [Artículo]. Recuperado de: https://elpais.com/cultura/2017/11/16/babelia/1510856344_287978.html
- Wagensberg, J. (2017, Noviembre 18). Tribuna libre. El humor en aforismos [Artículo]. Recuperado de: https://elpais.com/cultura/2017/11/15/babelia/1510751314_757925.html